



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 4

CB 114 SOCIOLOGÍA DEL PERÍODO BÍBLICO II

Horsley, R. “El imperialismo romano: el nuevo desorden mundial”.
En Jesús y el Imperio: el Reino de Dios y el nuevo desorden mundial,
27-50. Estella: Verbo Divino, 2003.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

1

El imperialismo romano: el nuevo desorden mundial

*Un imperio tan vasto no se podría haber construido
sin la ayuda de Dios.*

Herodes Agripa II (en Josefo)

*[Los romanos son] los ladrones del mundo... Si el enemigo es
rico, son rapaces; si pobre, ávidos de tiranía. Ni Oriente ni
Occidente les sacian... Roban, descuartizan, expolían, y lo
llaman "imperio", y donde crean la desolación lo llaman "paz".*

Líder caledonio (en Tácito)

Los romanos determinaron las condiciones de vida en la Galilea donde Jesús vivió y realizó su misión. En las décadas previas al nacimiento de Jesús, los ejércitos romanos atravesaron el área, incendiaron poblados, esclavizaron a los sanos y mataron a los enfermos. Los generales romanos designaron "rey" a Herodes, joven y militarmente capaz, y le procuraron tropas para conquistar a sus súbditos. El emperador romano impuso al hijo de Herodes, Antipas, que había crecido en la corte imperial, como gobernador de Galilea. Con los impuestos de la región, Antipas construyó dos ciudades de estilo romano en una Galilea que hasta entonces no había tenido ciudades ni un gobernante que residiera allí. Los gobernadores como Poncio Pilato ponían y deponían a sumos sacerdotes para regir Judea desde el templo de Jerusalén, su base. Cuando los fariseos y herodianos quisieron atrapar a Jesús con una autoincriminación, le preguntaron si era legítimo pagar tributo al emperador romano. Jesús fue ejecutado por orden del gobernador romano, y fue muerto por

crucifixión, una forma de ejecución que los romanos usaban para intimidar a los pueblos sometidos, torturando públicamente hasta la muerte a los líderes rebeldes. Si queremos comenzar a entender a Jesús en su contexto histórico, debemos tener un claro sentido de cómo afectaron a la gente de Galilea las prácticas imperiales romanas.

El surgimiento de una superpotencia única

Israel bajo el imperio

En tiempos de Jesús, los galileos, los samaritanos y los judíos llevaban seiscientos años bajo el yugo de un imperio tras otro, excepto un interludio de menos de un siglo. Conforme a sus tradiciones culturales, después de que su Dios los liberara del yugo del faraón de Egipto, los israelitas establecieron una vida independiente en la zona montañosa de Palestina, conducidos por sus “liberadores” (*shofetim*) y profetas (*nebi'im*), como Débora y Samuel. Ante la amenaza filistea, desarrollaron un reinado popular propio, encabezado por “el ungido” (en hebreo, *mashiah*, “mesías”) David. Aquellos israelitas, amantes de la libertad, habían persistido tenazmente en los esfuerzos de David y sus sucesores para consolidar su poder en una monarquía imperial.

De hecho, los israelitas sucumbieron ante una serie de imperios, comenzando por los asirios y babilonios. En efecto, conforme a los libros de Esdras y Nehemías, la misma estructura institucional de Judea, al sur de Palestina, como un estado-templo encabezado por un sumo sacerdocio, fue inicialmente patrocinada por el régimen imperial persa. Además de mantener a las elites locales en el poder, los persas alentaron el cultivo de las tradiciones legales autóctonas como instrumentos de la política imperial. En Judea esto inició el largo proceso que llevó a los libros de la Torá (la Ley) y de los Profetas a desarrollarse conforme a la versión oficial de la tradición israelita del estado-templo.

La antigua literatura judía contempla la sustitución del Imperio persa por los imperios “occidentales” helenistas como una severa crisis para el pueblo judío. A los maestros escribas que recibieron las visiones contenidas en el libro de Daniel, el Imperio helenista les parecía más corrupto que los anteriores imperios orientales, babilonios y persas. “Y vi... una cuarta bestia, terrible, espantosa y excesiva-

mente fuerte. Tenía enormes dientes de hierro; comía, trituraba y pisoteaba sobras con sus patas. Era diferente a todas las bestias anteriores...” (Dn 7,7). El Imperio “griego” recabaría oportunamente el tributo de los pueblos sometidos, como habían hecho los Imperios babilónico y persa; pero los griegos también imponían sus formas culturales y políticas sobre los pueblos sometidos. En particular, las aristocracias nativas adoptaron la lengua griega y transformaron sus sociedades en ciudades-estado modeladas conforme a la *polis* (ciudad) griega. A los sojuzgados pueblos autóctonos les parecía que sus aristócratas gobernantes habían abandonado el modo de vida tradicional para adoptar las formas “occidentales”.

En Judea, la crisis se agudizó cuando la facción más fuerte entre la aristocracia sacerdotal conspiró contra Antíoco Epífanés, el emperador seléucida (en Siria), para transformar el estado-templo de Jerusalén en una ciudad-estado al estilo griego. Capitaneados por los asmoneos, una familia sacerdotal, los judíos y algunos escribas montaron la revolución macabea. Aunque los líderes asmoneos pronto consolidaron su propio poder mediante una serie de tratados y compromisos con el régimen imperial, la revuelta reavivó entre los judíos y los maestros escribas su memoria cultural y la indómita pasión por liberarse del yugo imperial (1-2 Mac).

El ascenso de Roma

Tanto en las facultades teológicas como en los catecismos dominicales aprendemos que de muchos modos, gracias al orden y a la elaborada red de caminos, el Imperio romano posibilitó la difusión del Evangelio a los apóstoles, como Pedro y Pablo. Pero tenemos poca idea de que el imperialismo romano creó las condiciones que envolvieron la misión de Jesús y de los movimientos que generó. Tampoco reconocemos la amplitud de las acciones de Jesús y su programa, dirigidos contra el orden imperial tal como se había impuesto en Palestina.

El minúsculo asentamiento supuestamente fundado por Rómulo y Remo en las orillas del Tíber, extendió poco a poco sus dominios sobre el resto de Italia. Hacia fines del siglo III a. C., Roma se había convertido en la potencia dominante en el Mediterráneo occidental, desafiando a Cartago, su rival. Aníbal, general cartaginés, había infligido una humillante derrota a los ejércitos romanos.

Ahora, no contentos con haber vencido a su rival, los romanos emprendieron una pavorosa acción que sería ominosa para el destino de otros pueblos que iban a conquistar en el futuro; tras aguijonear a Cartago por atacar a uno de sus aliados, los romanos no sólo volvieron a vencer a Cartago, sino que la machacaron hasta aniquilar la ciudad en el 146 a. C.¹

A la vez que dominaba el Mediterráneo occidental, Roma extendía su creciente poderío hacia oriente². Hacia la segunda mitad del siglo II a. C., los generales romanos habían comenzado sus maniobras para reemplazar el reino macedonio por el propio señorío romano, justo sobre las otrora orgullosas e independientes ciudades-estado griegas como Atenas, Esparta y Corinto. Después de algunas guerras contra la monarquía macedonia y sus aliados griegos, los patricios romanos provocaron una guerra contra la liga de ciudades aqueas en el 146 a. C. (el mismo año que Roma aniquiló Cartago). Esta fue la excusa de Roma para hacerse con el control de toda Grecia. Más importante para la historia de la antigua Grecia, y seguramente para la subsiguiente misión del apóstol Pablo, es que los ejércitos romanos destruyeron brutalmente la gran ciudad clásica y el centro comercial de Corinto, esclavizaron a su población y expropiaron sus grandes obras de arte y su arquitectura. Las siguientes campañas de Roma para asegurarse el dominio del otro lado del Egeo en Asia Menor agotaron a las poblaciones griegas, pues las economías locales eran sangradas para mantener a las tropas romanas en sus periódicas expediciones para internarse en Oriente. En otro episodio de ominoso significado para la misión paulina posterior, Julio César estableció una colonia donde había estado Corinto, destruida un siglo antes. Para poblar la nueva colonia, César envió, además de veteranos del ejército, libertos y otros indeseables de la tumultuosa Roma que la clase patricia estaba teniendo dificultades para controlar.

¹ Más información del encumbramiento de Roma hasta dominar Italia y el occidente mediterráneo se puede encontrar en William V. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 B.C.* (Oxford: Oxford University Press, 1979), y en John Rich y Graham Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World* (Londres: Routledge, 1993).

² Cf. más detalles sobre la expansión romana hacia Grecia y otras áreas del oriente en Susan E. Alcock, *Graecia Capta: The Landscapes of Roman Greece* (Cambridge: Cambridge University Press, 1993), y en Robert M. Kallet-Marx, *Hegemony to Empire: The Development of the Roman Imperium in the East from 148-62 B.C.* (Berkeley: University of California Press, 1995).

La expansión del Imperio romano en Oriente Medio

La intervención de Roma en Oriente Medio contribuyó al ocaso de los imperios helenísticos, de los ptolomeos en Egipto y de los seléucidas en Siria y Mesopotamia. De hecho, los romanos infligieron una derrota a Antíoco Epífanes justo cuando intentaba aplastar a los judíos que se resistían a las “reformas” occidentales, y forzaron al régimen seléucida a pagar una indemnización. Así, los romanos se convirtieron en un factor decisivo para el éxito de las fuerzas macabeas que combatían con los ejércitos seléucidas, hasta entonces igualados.

En una momentánea etapa de la construcción imperial, los comandantes romanos adoptaron una resolución militar decisiva, y a una escala sin precedentes, para expandir y consolidar el Imperio de Roma en el Oriente, hacia la mitad del siglo I a. C.³ Mitrídates, rey del Asia Menor central, había estado invadiendo persistentemente partes del oeste y norte del Asia Menor, donde los ricos magnates romanos habían invertido considerables sumas. Los piratas asolaban la navegación de la que dependía el flujo de grano y otros bienes hasta Roma. En un clima de éxito por el rápido avance de las fuerzas militares enviadas al Oriente, uno de los mejores generales, Pompeyo, avasalló a Mitrídates y “pacificó” a los piratas.

Las victoriosas campañas de Pompeyo en Oriente fueron el catalizador de la vasta expansión no sólo de territorio y pueblos controlados por Roma, sino también de cuantiosos bienes y riquezas canalizados hasta ella. Se trataba de una muy significativa extensión de lo que los romanos entendían como su *imperium*, y conllevaba una expansión de la propaganda de la elite romana para obtener apoyo para su imperialismo apelando al interés económico de la propia gente. Hacía poco que los romanos habían experimentado una severa escasez de grano. Los oradores políticos, como Cicerón, usaron en su retórica patriótica a los engorrosos piratas como un pretexto simbólico (Cicerón, *Leg. Man.* 33, 53, 56; cf. Plutarco *Pomp.* 24.4-6; Apiano *Mit.* 94). Aquellos arrogantes y despreciables

³ La expansión romana en el Mediterráneo oriental la detalla Kallet-Marx, *Hegemony to Empire*, 291-334; una amplia discusión sobre Roma en el antiguo Oriente Medio se encuentra en Fergus Millar, *The Roman Near East 31 B.C.-A.D. 337* (Cambridge: Harvard University Press, 1993).

latrones (= bandidos/terroristas), que habían hasta atacado navíos romanos, representaban una amenaza para la gloria del Imperio. El *imperium* ya no era simplemente asunto de derrotar y exigir la obediencia de los pueblos vasallos y sus reyes; para asegurar realmente la paz y la prosperidad, el *imperium* debía incluir ahora un efectivo control del territorio y de la navegación; gracias a él fluían los bienes hasta la metrópoli imperial. Después de todo, Cicerón decía a la gente (*Leg. Man.* 4-6.17) que era necesario proteger “vuestros impuestos” (*vestra vectigalia*), vuestras “joyas de paz” (una velada referencia a los juegos, a los edificios públicos, al grano subsidiado y a la distribución de tierras) y los “recursos para la guerra”⁴. Después de la victoriosa campaña de Pompeyo contra los piratas, Cicerón remarcó que finalmente “el pueblo romano” había alcanzado al menos la apariencia de un dominio universal (*Leg. Man.* 56).

Los líderes romanos de la República tardía justificaban así su dominación política y militar sobre los otros pueblos: beneficios económicos cosechados por la población de la metrópoli imperial. Al mantener los generales romanos el sometimiento del Oriente, marcaban una nueva etapa en el imperialismo romano, en tanto que la desvergonzada apelación a los intereses económicos egoístas del pueblo hecha por Cicerón y otros propagandistas de la elite enunciaba una nueva (“populista”/“democrática”) concepción del imperialismo. No contentos con el dominio político, los círculos gobernantes romanos se involucraron deliberadamente en la explotación económica de los frutos de la conquista para proporcionar “paz y prosperidad” a la población de la metrópoli imperial.

Así de propicias eran la situación política internacional y la actitud doméstica cuando los arquitectos del Imperio romano decidieron hacerse con el control efectivo de Oriente Medio. La incursión de Pompeyo en Siria y Mesopotamia en el año 64-63 a. C. inauguró otra etapa clave en el establecimiento del Imperio romano. Uno de los últimos “rincones” del mundo en ser tomado por los romanos fue Palestina. La incursión de Pompeyo en las regiones de Galilea y Judea no resultó particularmente destructiva, como solían ser las conquistas romanas; sin embargo, cuando una de las dos facciones de los asmoneos ofreció resistencia, las tropas romanas sitiaron Jeru-

⁴ Más discusión en Kallet-Marx, *From Hegemony to Empire*, 315-323.

salén y su templo-fortaleza. Tras la captura de la ciudad, Pompeyo mismo penetró en el lugar santo del templo en el que nadie, excepto el sumo sacerdote, podía entrar. Pompeyo “liberó” la mayoría de las ciudades de Palestina del control asmoneo, colocó a Hircano, uno de los dos rivales asmoneos, en el sumo sacerdocio y dejó el resto del país sujeto al gobierno de Jerusalén mediante tributo (Josefo, *Guerra* 1.136-54). Con su conquista de Oriente Medio, Siria y Palestina, Roma era en aquel momento la única superpotencia en el Mediterráneo. Mientras el Imperio romano dominaba más allá del Éufrates, Roma controlaba ahora todo el mundo mediterráneo desde las columnas de Hércules hasta Oriente Medio.

No mucho después de haber establecido su dominio como única superpotencia en el mundo mediterráneo, los generales romanos se enfrascaron en una guerra civil que repercutió en el resto del Imperio, incluidas Judea y Galilea. Después de una década de destrucción y muerte, el hijo adoptivo de Julio César, Octavio, representando simbólicamente la sobria y disciplinada racionalidad de “Occidente” sobre el supuestamente decadente e indulgente “Oriente”, emergió victorioso en Actium (noroeste de Grecia) sobre Antonio (31 a. C.). Aclamado por todo el Imperio como el “salvador” que había traído la “paz” al mundo entero, Octavio asumió el nombre de “Augusto” (“reverendo/muy honorable”) y “restauró la República”. En el proceso también había establecido efectivamente su gobierno como emperador.

Al extender su ley imperial sobre el área mediterránea, explotar a los pueblos sometidos sistemáticamente y “pacificar” a todo el mundo, Roma había logrado “un nuevo orden mundial”, en el que ella misma era la única superpotencia.

El imperialismo romano

Cuando en el año 31 a. C. Octavio derrotó a Antonio en Actium, la elite del Imperio suspiró con alivio. Tras una década caótica y destructiva de guerra civil, la gente abrazó el nuevo orden imperial romano, que les disponía, una vez más, a disfrutar de su posición de riqueza y privilegio en unas circunstancias estables. Pero ¿qué pasaba con la inmensa mayoría de personas ahora sujetas al orden imperial romano?

Debido a la idealización occidental moderna de la “gloria de Roma” y a la separación de religión y política, los intérpretes bíblicos generalmente no indagan sobre los modos por los que fue establecido y sostenido el orden imperial romano. Efectivamente, apenas muy recientemente los historiadores clásicos han ampliado nuestra comprensión sobre las actitudes, políticas y prácticas con las que se diseñó la *pax* romana. Las más críticas investigaciones recientes sobre las principales políticas y prácticas del imperialismo romano sugieren que lo que era un “nuevo orden mundial” para aquellos que tenían poder y privilegios fue experimentado como un disolvente, confuso e incluso devastador *desorden* mundial por muchos pueblos⁵. El sumario repaso que sigue se detiene en ejemplos relevantes para Judea y Galilea, pues allí se ubican Jesús y su movimiento en la geopolítica de la Roma imperial.

“Orientalismo” y “globalización”

Las prácticas imperiales romanas se nutrían de una concepción estereotipada de los pueblos extranjeros⁶. A pesar de admirar sus culturas, los romanos consideraban incluso a los griegos como taimados e indolentes. Heredaron el concepto que los griegos tenían de los “orientales” como ricos y fastuosos, pero decadentes, cobardes y esclavizados a los reyes despóticos, en contraste con su propia libertad y sus instituciones claramente democráticas. Así como los griegos habían quedado fascinados por los persas, la élite romana

⁵ Algunos de los más recientes estudios sobre el imperialismo romano con una descripción más ominosa sobre el impacto en los pueblos subyugados y que han influido en esta presentación son los de Susan P. Mattern, *Roma and the Enemy: Imperial Strategy in the Principate* (Berkeley: University of California Press, 1999); J. E. Lendon, *Empire of Honor* (Oxford: Oxford University Press, 1997); Claude Nicolet, *Space, Geography, and Politics in the Early Roman Empire* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1991); Harris, *War and Imperialism*; Keith Hopkins, *Conquerors and Slaves: Sociological Studies in Roman History* (Cambridge: Cambridge University Press, 1978).

⁶ Una información más completa y un rico acervo de referencias se hallan en J. P. D. Balsdon, *Romans and Aliens* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1979) esp. 30-54, 60-70; y en Mattern, *Rome and the Enemy*, esp. 66-80. Causa sorpresa ver cómo las antiguas actitudes romanas hacia los pueblos que sojuzgaban se parecen a las actitudes hacia otros pueblos en las sociedades imperiales modernas (Francia, Inglaterra, Estados Unidos); esto lo estudia Edward W. Said en *Orientalism* (Nueva York: Random House, 1978).

estaba intrigada con los partos en su frontera oriental. Los escritores latinos y griegos se mofaban de los partos, que vestían unos ampulosos ropajes, y los trataban como polígamos, promiscuos, impúdicos e infieles (Horacio, *Carm.* 4.14.41-43; 4.15.1; Trogo, 40.3.1; 41.2.4; 41.3.2-3; Luciano 8.397-401; Estrabón 2.9.1). Los romanos tenían una inusual opinión resentida de los sirios y los judíos, particularmente como aptos sólo para la esclavitud (“nacidos esclavos”, cf. Cicerón, *Leg. Man.* 10; Livio 35, 49, 8; 36, 17, 5). Despreciaban a los judíos por ser supersticiosos y excluyentes.

Los romanos, por su parte, consideraban especialmente importante conquistar pueblos desconocidos y exóticos: los “enemigos” eran lejanos y extraños e incluían a los pueblos de Oriente Medio, árabes, sirios y judíos. Los romanos eran proclives a desplegar públicamente listas de los pueblos subyugados, especialmente en regiones tan remotas como Etiopía, Arabia y la India. Las “hazañas del divino Augusto”, que el emperador ordenaba inscribir en monumentos por las ciudades del Imperio, incluían una larga lista de pueblos sojuzgados, rehenes y regiones exploradas por vez primera, incluidas las más remotas del mundo habitado, como Arabia y la India (*Res Gestae* 26-33)⁷.

La sujeción de los pueblos “orientales” era central para la institucionalidad romana del dominio global. Los generales romanos dejaron constancia orgullosamente en un sinnúmero de monumentos públicos de que estaban estableciendo un Imperio mundial. En una inscripción en el templo de Minerva en Roma, Pompeyo se ufana de haber conseguido la rendición de 12 millones de individuos y de haber reducido *in fides* a más de 1.500 pueblos y fortalezas; consiguió “someter las tierras desde Maeotis al mar Rojo” (Plinio, *Hist. Nat.* 7.96-98). La sujeción de todo el mundo a Roma, el *orbis terrarum*, frecuentemente representada en la imagen de un globo, incluso comenzó a aparecer en monedas de la República tardía⁸. La “globalización” constituyó uno de los principales mensajes de “las hazañas del divino Augusto, mediante las cuales sometía el mundo al régimen del Imperio romano”. Concluía con la pretensión de “haber hecho coincidir los límites del Imperio con los de la tierra, de salvaguardar los

⁷ Más discusión en Mattern, *Rome and the Enemy*, esp. 163-164.

⁸ Más detalles y referencias en Mattern, *Rome and the Enemy*, 169; Nicolet, *Space, Geography and Politics*, 35-37.

tributos romanos e incluso de haberlos aumentado” (Diódoro Sículo 40.4). Como sugiere la última frase, el poder imperial político-militar significa también la sujeción económica de los pueblos conquistados.

El culto al emperador y las pirámides de patronazgo

Si bien los romanos establecieron su Imperio mediante sistemáticas conquistas militares, no acantonaban sus ejércitos en la mayoría de las áreas controladas. De hecho, los romanos no desplegaban tropas en las áreas ya “urbanizadas” y “civilizadas” de Italia, Grecia y Asia Menor. Sólo a lo largo de las fronteras el régimen imperial situaba legiones en bases regulares, y allí las legiones funcionaban menos como ejército de ocupación que como fuerza disuasiva, pronta a intervenir en caso de agitación o revuelta. Además, en dramático contraste con otros imperios históricos (por ejemplo, el austro-húngaro, con su infame cuerpo ocupacional de clérigos junto al usual ejército de soldados, un servil cuerpo de sacerdotes y un rastrojero cuerpo de informantes), el régimen imperial romano no creó una abultada burocracia imperial. Los asuntos indispensables del Imperio eran llevados principalmente por los esclavos de la *familia Caesaris*, la “casa del César”. La notable coherencia y estabilidad del Imperio se explica por un sutil y complejo nudo de factores entrelazados, especialmente por una sensible interacción entre religión y economía en la red relacional del poder imperial: el culto al emperador en casi todas las ciudades importantes y en las provincias y las amplias pirámides de relaciones de patronazgo.

Antes dijimos que tanto el pueblo romano como los más “urbanizados” entre los pueblos sojuzgados se sintieron muy aliviados y profundamente agradecidos cuando Octavio puso fin a más de una década de una sangrante guerra civil entre los generales rivales. Octavio, asumiendo el nombre honorífico de Augusto, fue aclamado como *salvador* del mundo, como el que había establecido la *paz y la prosperidad*, colmando los deseos y las esperanzas de toda la humanidad. En un período de tiempo notoriamente breve, las ciudades

⁹ Para un tratamiento más completo de la administración imperial romana, cf. Peter Garnsey y Richard Saller, *The Roman Empire: Economy, Society, and Culture* (Berkeley: University of California Press, 1987), cap. 2, y Lendon, *Empire of Honor*, cap. 4.

del Imperio, particularmente las griegas, tributaron elaborados y multifacéticos “hombres” al emperador Augusto¹⁰. En muchos templos fueron erigidas estatuas del emperador junto a las de los dioses tradicionales; se levantaron santuarios dedicados al emperador en puntos intermedios entre los templos del centro de la ciudad, y se consagraron templos a Augusto en los puntos más prominentes de los centros urbanos. En efecto, algunas ciudades, como la gran metrópoli de Éfeso, a la que Pablo dedicó tres años de misión, reconstruyeron por completo sus centros, destinando específicamente un espacio público a los templos del emperador. La presencia de éste se podía apreciar en todo el espacio público de las ciudades del Imperio.

Las urbes griegas y las confederaciones de ciudades competían por ofrecer al César los más suntuosos honores, celebrando juegos semianuales y combinando festivales atlético-culturales con pomposos sacrificios para el emperador. Estos festivales involucraban a todos los habitantes de las ciudades y eran las únicas ocasiones en las que la mayoría de la gente comía carne, distribuida generosamente. Las urbes erigían monumentos con inscripciones que expresaban el credo del floreciente culto al emperador. Una inscripción de la asamblea provincial de Asia (Asia Menor occidental) fechada en el año 9 a. C. (el primer epígrafe de este capítulo) contiene una vívida expresión de los divinos honores y del culto dedicado al emperador como el salvador que proporcionó paz y plenitud.

El divinísimo César... [a quien] deberíamos considerar como el principio de todas las cosas... pues cuando estaba todo caído [en desorden] y [encaminado] hacia la disolución, lo restauró una vez más y dio al mundo entero una nueva aura; César... el bien común, Fortuna de todos... el principio de vida y vitalidad... Todas las ciudades unánimemente adoptan el nacimiento del natalicio del divino César como el nuevo principio del año... Puesto que la providencia, que

¹⁰ La investigación e interpretación del “culto imperial” de Simon R. F. Price, *Rituals and Power: The Roman Imperial Cult in Asia Minor* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984), y de Paul Zanker, *The Power of Images in the Age of Augustus* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1988), condujeron a una reconsideración de la importancia de los multifacéticos honores al emperador en las relaciones de poder imperial. Extractos de sus estudios se hallan en Richard A. Horsley (ed.), *Paul and Empire: Religion and Power in Roman Imperial Society* (Harrisburg: Trinity Press International, 1997) 47-86.

regula toda nuestra existencia..., dispuso el más cabal bien para la vida al traernos a Augusto, a quien llenó con poder para el bienestar de los hombres, y nos fue enviado, así como a nuestros descendientes, como Salvador, ha puesto fin a la guerra y ha ordenado todas las cosas; y puesto que habiéndose [como dios] manifestado (*phaneis*) ha colmado todas las esperanzas de los tiempos antiguos... sobrepasando a todos los benefactores precedentes... y [puesto que], finalmente, el nacimiento del dios [Augusto] ha sido para todo el mundo el principio de las buenas nuevas (*euangelion*) debidas a él [por esto, comience una nueva era con su nacimiento] (*OGIS 2. # 458*).

Estos pomposos honores al emperador, que lo hacían omnipresente en los espacios públicos e involucraban a toda la población urbana en festivales e incluso acompañaban el calendario anual y la vida pública, conllevaban, obviamente, erogaciones pecuniarias. Evidentemente, todas estas nuevas instituciones para honrar y dar culto al emperador estaban patrocinadas por los ricos magnates de las ciudades griegas, por los grandes terratenientes y por los más encumbrados políticos locales, que tenían redes de clientes dependientes, como mercaderes, artesanos urbanos o acaparadores de las cosechas. Buscaban favores del emperador o de los miembros de la familia imperial y se convertían, a su vez, en clientes del emperador, asegurándose así su posición local dominante en los negocios. En agradecimiento a sus benefactores locales, que fundaban templos nuevos al emperador o pagaban los gastos para los juegos imperiales, los concejos municipales honraban a estos magnates con inscripciones públicas y con los más prestigiosos cargos de la ciudad. Estos hombres tenían las más altas posiciones en el sacerdocio imperial de cada ciudad¹¹. El resultado fueron las pirámides de poder económico, cuyas dependencias se extendían desde el emperador hasta la base en cada ciudad del Imperio.

“Pan y circo”

Los bienes del Imperio no sólo fluían a las elites imperiales y regionales mediante las pirámides de patronazgo, sino que también llegaban hasta la metrópoli imperial para beneficio de su población. Los generales romanos, los emperadores y otros patricios se enrique-

¹¹ Más información en los extractos de Garnsey y Saller, “Patronal Power Relations” y Richard Gordon, “The Veil of Power” en Horsley, *Paul and Empire*, 96-103 y 126-137.

cieron obscenamente. No sólo se hicieron con los incontables botines de sus conquistas, sino que, a partir de las prácticas del imperialismo, construyeron inmensos imperios personales que les hicieron ricos y poderosos, en tanto que se empobrecían y arruinaban los mismos soldados y ciudadanos romanos. La riqueza y el poder de la elite imperial romana estaban asentados más en la agricultura que en el comercio y la industria. Muchos campesinos italianos que se debieron alejar de sus posesiones durante largos períodos de tiempo para alistarse en las legiones conducidas por los generales contrajeron grandes endeudamientos. Sus acreedores de la elite patricia les hipotecaron los bienes y poco a poco se fueron adueñando de grandes extensiones en el país. En lugar de conservar a los antiguos campesinos en el agro como copartícipes en la cosecha, importaron decenas de miles de esclavos capturados en las guerras de conquista para cultivar las tierras. Así, desplazados de sus tierras por aquellos a quienes habían ayudado a obtener esclavos, un millón o más de italianos originarios de las provincias se desplazaron a Roma y otras ciudades.

El crecimiento de Roma hasta alcanzar más de un millón de habitantes —una población inmensa para una ciudad de aquellos tiempos— acaparó el flujo de recursos de los pueblos conquistados a la metrópoli imperial. Favoreciendo el orden público (y preservando sus propias posiciones de honor, privilegio y poder), los emperadores y la elite romana debían proporcionar a la población comida adecuada y espectáculos públicos, el “pan y circo” que hizo famoso el satírico Juvenal (*Sat.* 10.77-81)¹². Al nivel más elemental, el sistema imperial tenía que procurar comida a las masas urbanas de Roma (y de otras metrópolis). Bajo Augusto, por ejemplo, se subsidiaba grano para unos 250.000 ciudadanos varones, lo que repercutía (si es que no era todo el alimento) en unas 670.000 personas (sin contar al 30 % de la población compuesto por esclavos y residentes extranjeros). El total de importaciones de trigo sólo a Roma era de entre 200.000 y 400.000 toneladas anuales. El monto del grano y de otros alimentos importados a Roma se extraía de los pueblos sojuzgados, de forma desproporcionada, en el norte de África y en Egipto,

¹² Lo que sigue se basa en Garnsey y Saller, *The Roman Empire*, esp. 83-85, 95-96, y en Peter Garnsey, *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World: Responses to Risk and Crisis* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), esp. 231. El estudio clásico sigue siendo el de Paul Veyne, *Bread and Circus* (Londres: Penguin, 1990).

como tributo e impuestos en especie. Herodes Agripa II, con un poco de exageración retórica, recuerda a los amotinados en Jerusalén en el 66, que los pueblos africanos, “además de su producto anual, que alimenta a la población de Roma durante ocho meses al año, pagan tributo de todas las especies [principalmente], y tienen que dedicar sus contribuciones al servicio del Imperio” (Josefo, *Guerra* 2.383). Por supuesto, el peso de tales impuestos y tributos garantizados por la milicia recaía sobre los pueblos subyugados de las áreas fronterizas donde estaba acantonada la mayoría de los ejércitos.

Hemos visto los aspectos del imperialismo romano, fijándonos en la misma metrópoli imperial y en las partes del Imperio que compartían una idéntica estructura económico-política urbana y una orientación cultural. Para entender cómo el orden imperial romano operaba en el resto del Imperio, incluyendo los pueblos menos “civilizados” de Oriente Medio, debemos explorar otras dimensiones del imperialismo romano. Conforme más nos movemos en las áreas menos “civilizadas” del Imperio, más topamos con lo que era el *orden* imperial para las metrópolis imperiales y los pueblos urbanizados, especialmente para las elites ricas, y lo que era disolución y *desorden* para los nuevos pueblos subyugados.

La gloria de la victoria

Las áreas menos civilizadas del Imperio se controlaban con violencia militar. Los romanos glorificaban la conquista y la victoria. La más alta meta y honor para el general o el emperador era la celebración de un *triunfo* en la misma Roma como la victoriosa consumación de una conquista devastadora de un pueblo sometido. En medio de un fastuoso desfile ceremonial con todos los signos de un gran festival cívico-religioso, el general victorioso encabezaba una procesión que desplegaba no sólo los ricos expolios de la guerra, sino también extravagantes despojos indicativos del poder militar de los vencedores y de la humillante derrota de los vencidos. Los mejores especímenes del ejército enemigo desfilaban encadenados, particularmente el general o rey enemigo, para después ser ritualmente ejecutados, conforme a una ancestral costumbre romana. La gloria de la conquista se perpetuaba en la literatura, el arte, las monedas, las inscripciones y, especialmente, en los monumentos públicos. Más de trescientos arcos

triumfales sobreviven o se conocen por monedas, inscripciones o “parafernalias rituales de la conquista”, como trofeos, funerales públicos y estatuas victoriosas con las debidas inscripciones. La “victoria” era personificada prominentemente en las monedas romanas. La era “augusta” de la poesía cantaba las victorias imperiales, en tanto que el arte del mismo período les daba representación visual¹³.

La importancia de la gran victoria romana sobre la porfiada resistencia del pueblo judío en particular está dramáticamente plasmada en el arco de Tito (uno de los más importantes puntos turísticos de Roma ahora y entonces) y en la completa descripción del historiador judío Josefo, quien ilustra también la inseparable relación entre la religión romana y la celebración de la violenta victoria imperial.

La magnificencia del espectáculo... mostraba la majestad del Imperio romano. Portaban imágenes de [los dioses romanos] [y conducían] una multitud de cautivos... en tres o cuatro cuadros... representaban vívidas escenas de los episodios [de guerra]: una próspera región desolada, batallones del enemigo degollados enteros, otros llevados cautivos, muros demolidos por las máquinas, imponentes fortalezas abatidas..., un área inundada en sangre..., casas desplomadas sobre las cabezas de sus mismos dueños..., una ciudad cercada por las llamas. A tales sufrimientos fueron destinados los judíos cuando se sumieron en la guerra... Los despojos fueron traídos amontonados, pero los capturados en el templo de Jerusalén fueron exhibidos [larga lista]... y hasta una copia de la ley de los judíos... Después del anuncio de que Simón [el general enemigo] fue ejecutado y los vivas de aplauso universal lo saludaron, los príncipes [Vespasiano y su hijo Tito] comenzaron los sacrificios con las plegarias habituales (*Guerra* 7.132-55).

Terror y venganza

Esta glorificación ceremonial de las grandes victorias sobre los pueblos avasallados reflejaba precisamente lo que los ejércitos romanos practicaban en las provincias. Los romanos creían que para ase-

¹³ Puede completarse el cuadro en Mattern, *Rome and the Enemy*, 168-70, Nicolet, *Space, Geography, and Politics*, 29-47; Zanker, *The Power of Images*, 185-92. Erich S. Gruen, *Studies in Greek Culture and Roman Policy* (Berkeley: University of California Press, 1996) 190-194; Andrew Wallace-Hadrill, “The Emperor and His Virtues”: *Historia* 30 (1981) 322-323.

gurar su propia seguridad nacional tenían que conquistar a otros pueblos con su superioridad militar, a fin de obtener la *fides/pistis* = “lealtad” (e.d., sumisión y obsequio) de los pueblos subyugados. Imaginaban que el mínimo signo de debilidad por parte de Roma, como no vengar una derrota de guerra o no castigar ferozmente una revuelta, era una invitación al desastre.

La inicial conquista romana de nuevos pueblos frecuentemente conllevó la devastación de la región, el incendio de poblaciones, ciudades entregadas a la rapiña y pobladores asesinados y esclavizados. Los romanos reaccionaban luego con brutal saña y frecuentemente con auténticos genocidios ante el menor quebranto de la legalidad o ante la menor amenaza al orden internacional que habían impuesto, y hacían todo esto insistiendo en que su verdadero interés era su propia seguridad. Tras ver las horrorosas escenas de cadáveres humanos y animales putrefactos en una ciudad destruida por los romanos, el historiador Polibio escribió: “Me parece que hacen todo esto por aterrorizar” (10.15-17; similarmente Julio César, *Bell. Gall.* 4.9; Dión Casio 68.6.1-2; Plinio, *Ep.* 2.7.2). Disuadir con el terrorismo fue una práctica de los generales y emperadores romanos durante su dominio: “Era tradicional; era el estilo romano”¹⁴.

No hay manera de que entendamos prácticas como la crucifixión, degüellos masivos y esclavismo, masacres de ciudades enteras y aniquilación de pueblos completos, si no es con el propósito de aterrorizar a las gentes sometidas. Entre los numerosos ejemplos, podemos limitarnos a unos cuantos casos de los muchos en Judea y Galilea, donde no nos es difícil imaginar el impacto directo o indirecto en la población que habría de responder al mensaje y misión de Jesús.

Los romanos emplearon deliberadamente la crucifixión como una dolorosa y extrema forma de ejecución por tortura (básicamente por asfixia) para usarla primariamente contra los esclavos presuntuosos y contra los rebeldes provincianos. Normalmente se acompañaba

¹⁴ Mattern, *Rome and Enemy*, 119 y 115-122. El papel del terrorismo en la política imperial romana ya había sido anotado, pero su importancia capital sólo se ha reconocido recientemente. Se puede proseguir el tópico en Edward Luttwak, *The Grand Strategy of the Roman Empire From the First Century A.D. to the Third* (Baltimore: John Hopkins University Press, 1976) 3-4; E. L. Wheeler, “Methodological Limits and the Mirage of Roman Strategy”: *JMH* 57 (1993) 35-36.

con otras formas de tortura, como unas severas palizas. Muchas de las víctimas nunca fueron enterradas, pues se las abandonaba en los patíbulos como carroña para las fieras salvajes y los pájaros¹⁵. Como otras formas de terrorismo, las crucifixiones eran ejecutadas en sitios públicos, para que tuvieran “efectos demostrativos” sobre el resto de la población (a esto refiere el apóstol Pablo en su Carta a los Gálatas, que “Cristo fue exhibido públicamente ante vuestros ojos crucificado” [Gal 3,1]). El espectáculo de ver sufrir y agonizar al ajusticiado ante parientes, amigos y otros simpatizantes intimidaría a los sobrevivientes para conformarse al restablecido orden imperial romano.

Los generales y gobernadores romanos asignados a Judea y a Galilea emplearon repetidamente la crucifixión como medio para aterrorizar a la población, supuestamente para hacerles desistir de su enconada resistencia. Para vengar la revuelta del año 4 a. C., en tiempos del nacimiento de Jesús, el general romano Varo, tras incendiar ciudades y devastar la provincia, limpió las montañas de rebeldes y crucificó a unos dos mil hombres (*Guerra* 2.71-76; *Ant.* 17.295). Más tarde, gobernadores romanos como Félix (52-60) y Festo (60-62) crucificaron a un gran número de bandidos para escarmiento de los que perturbaban el orden imperial en Palestina (*Guerra* 2.253.271). Debemos recordar que los romanos etiquetaban a todos, desde los vociferantes manifestantes hasta los asaltantes y los más serios rebeldes, como “bandidos”. Los crucificados junto con Jesús de Nazaret, según los evangelios, eran “bandidos” (no ladrones). En un desesperado intento por humillar e intimidar a los jerosolimitanos, en la escalada de incidentes que llevó a la insurrección del verano del 66, el último gobernador, Floro, tuvo incluso la temeridad de castigar y clavar en la cruz a algunos judíos de la clase alta (*Guerra* 2.306-8).

Durante el asedio a Jerusalén, hacia el final de la gran revuelta, el general romano Tito ordenó a la caballería capturar a los pobres que se lamentaban por la ciudad asediada.

Fueron golpeados y sometidos a torturas de todo tipo... y luego crucificados enfrente de los muros. Unos quinientos o más eran cap-

¹⁵ Un sugerente examen se halla en Martin Hengel, *Crucifixion in the Ancient World and the Folly of the Message of the Cross*, trad. John Bowden (Filadelfia: Fortress Press, 1977).

turados diariamente... [Tito] esperaba que el espectáculo indujera a los judíos a rendirse por miedo a que la continua resistencia les llevara a un destino parecido. Los soldados, llevados por la rabia y el odio, se divertían clavando a sus prisioneros en diferentes posiciones, y tan grande era su número que no se podía hallar espacio para las cruces, ni cruces para los cuerpos” (*Guerra* 5.449-51).

Más ominosas en brutalidad y difusión eran la masacre sistemática y la esclavitud masiva de los pueblos conquistados. “La intención era castigar, vengar y aterrar”¹⁶. Germánico masacró a las poblaciones del otro lado del Rin: “En torno a unos ochenta kilómetros a la redonda, devastó el país a llama y espada. Ni edad ni sexo le inspiraron piedad. Lugares sacros y profanos fueron arrasados por igual... Sólo la destrucción de la raza podría finalizar la guerra” (Tácito, *Ann.* 1.51.56; 2.21). Cuando los nasamones se rebelaron, Domiciano simplemente los destruyó (Dión Casio 67.4.6). El propósito principal, desde luego, era aterrorizar y controlar a los pueblos sometidos, no aniquilarlos completamente; Augusto expresó el principio en la lista de los monumentos de sus gloriosas hazañas: “Los pueblos extranjeros que puedan ser perdonados prefiero conservarlos que extirparlos”.

En Palestina, la brutalidad comenzó poco después de la intervención inicial de Roma, en el 63 a. C., y continuó literalmente durante dos siglos. Dos episodios de venganza gratuita por los generales romanos debieron de dejar en Galilea un trauma colectivo que afectó directamente al movimiento de Jesús. Ansioso por confirmar el poder romano en Palestina después de estallar la “guerra civil” entre las facciones rivales de la pelele dinastía asmonea, Casio esclavizó a 30.000 personas en los alrededores de Tariquea (Magdala), al borde del lago de Galilea, en el 53-52 (*Guerra* 1.180), unos cincuenta años antes de que naciera María Magdalena, quien, por su nombre, debió de haber crecido allí. Más tarde, en el 4 a. C., como castigo a la rebelión, las tropas de Varo incendiaron Séforis (¿junto con los pueblos vecinos?) y esclavizaron a sus habitantes. Esta destrucción y esclavización masiva afectó a la gente de todas las poblaciones en el área en torno a Séforis, como Nazaret, a unos cuantos kilómetros de allí. Igualmente, en la zona montañosa de Judea, Varo

¹⁶ Cf. Mattern, *Rome and the Enemy*, 117-122.

destruyó completamente Emaús (conocido por los relatos de la resurrección de Jesús). La muerte y la esclavitud de decenas de miles de judíos y galileos durante los tiempos del nacimiento de Jesús debieron de producir un gran trauma entre la gente.

El volumen de las muertes y de la esclavitud en el año 4 a. C. palidece, sin embargo, si se compara con la masacre y destrucción de los poblados y la esclavización masiva por las tropas romanas en sus prácticas de “búsqueda y destrucción” y de “asolar la tierra” como castigo por la gran revuelta del 66-70 (descrita en detalle por Josefo)¹⁷. Los numerosos ejemplos de masacres masivas y aniquilaciones de pueblos enteros en castigo por las revueltas, e incluso por quebrantar acuerdos, ofrecen numerosos paralelos que hacen creíbles los atroces relatos de Josefo cuando refiere el brutal trato dado por los romanos a los galileos y judíos.

Humillación

Igual que la mafia moderna, los romanos, al parecer, contemplaban su relación con otros pueblos en términos de competencia por el honor¹⁸. Roma aseguraba su superioridad vejando a sus enemigos, especialmente a los lejanos, exóticos y extraños. Además de ser una forma primaria de aterrorizar, la crucifixión era un modo expreso de humillar a los pueblos sometidos. Dejar los cuerpos en la cruz como presa para aves y fieras, sin sepultura, era la forma última de deshumanizarlos. Otras prácticas imperiales romanas punitivas, como la imposición tributaria y el despliegue de los estandartes del ejército romano ante los subyugados, debían de considerarse formas de humillación.

Si el tributo hubiera sido sólo una fuente de ingresos, no se podría explicar la fiera con la que los romanos castigaban –incluso faltas económicamente insignificantes en “lo del César”–. Y es que, para los romanos, imponer tributo era también una forma de humillar a los pueblos conquistados. En cuanto sometido, el pueblo tenía que entregar una buena parte de sus productos a sus conquistadores

¹⁷ Cf. Richard A. Horsley, *Galilee: History, Politics, People* (Valley Forge: Trinity Press International, 1995) 76-88.

¹⁸ Cf. Lendon, *Empire of Honor, and Mattern, Rome and the Enemy*, esp. 158-163.

–“una especie de recompensa por la victoria y de castigo por la guerra” (Cicerón, *Verr.* 2.3.12)–. Es imposible separar entre los beneficios económicos de la dominación imperial y el valor simbólico del dominio y sometimiento. La acumulación de los recursos del mundo en la metrópoli imperial romana era un motivo de orgullo nacional. Pero no hay que sorprenderse de que el resentimiento fuera el sentimiento dominante entre los pueblos sometidos y de que desestabilizaran el orden imperial animando revueltas, sufriendo a cambio devastadoras represalias romanas en una interminable espiral de violencia, como en Palestina.

Forzar a las gentes sometidas a reconocer e incluso a dar culto a los emblemas del ejército romano era otra forma de vejación. Los romanos empleaban esta forma de humillación particularmente al tratar a los pueblos de Oriente Medio, como a los partos. Al “arrogante” parto Artabano, además de hacer sacrificios a las imágenes de Augusto y Gayo, le obligaron a adorar las insignias militares romanas (Suetonio, *Gayo* 14,3). Plauto Silvano se jactaba de haber exigido a los reyes extranjeros la salutación a los estandartes militares romanos, seguramente como un reconocimiento de la superioridad militar romana (Tácito, *Ann.* 15-29). Los historiadores pueden haber malinterpretado un gesto de Poncio Pilato que debió de haber sido mucho más provocativo de lo que se ha reconocido. En una de sus primeras acciones, siendo gobernador de Judea, Pilato dio un paso en falso, apartándose de la práctica de sus antecesores, e “introdujo en Jerusalén, de noche y cubiertas, las efigies del César, conocidas como estandartes” (*Guerra* 2.169). Seguramente, los judíos sabían que este paso de Pilato era un gesto deliberado para humillarlos e, igualmente, una violación de la prohibición de imágenes formulada en la alianza sinaítica. Esto explicaría mejor la porfiada protesta de los judíos contra la provocación de Pilato (*Ant.* 18.57-59; cf. también el capítulo 2).

Gobierno indirecto mediante reyes y sumos sacerdotes

Una vez que Pompeyo y otros generales conquistaban varios pueblos de Oriente Medio, generalmente los controlaban indirectamente mediante reyes autóctonos u otros poderosos militares. Era un “ancestral y duradero principio de la política romana emplear reyes como

instrumentos de servidumbre” (Tácito, *Agr.* 14.1). Aunque los romanos con frecuencia necesitaron la fuerza militar para someter a ciertos líderes clientelares, pudieron confiar en los gobernadores autóctonos para mantener el orden en sus dominios.

Cuando la familia sacerdotal de los asmoneos persistió en prolongar una guerra civil en la sensible franja fronteriza con los partos, Julio César y Marco Antonio escogieron para controlar Palestina a un joven militar impío, Herodes. Tras ser nombrado “rey de los judíos” no por la gracia de Dios, sino por designio del Senado romano (Josefo, *Guerra* 1.282-85), con el auxilio del ejército romano, a Herodes le costó tres años conquistar a sus súbditos, que opusieron una tenaz resistencia. Controlado el país, estableció una serie de fortalezas militares y lo rigió con mano de hierro, sin permitir ninguna disidencia y exigiendo muestras de lealtad a su gobierno y al de Roma. En efecto, Herodes se convirtió en el rey clientelar favorito de Augusto. Como era de esperar, considerando el férreo control represivo de su reino, consagró monumentales proyectos arquitectónicos de templos y ciudades enteras a César Augusto. El “desarrollo” del reino de Herodes durante los treinta y siete años de su gobierno fue dramático, si nos atenemos a los patrones antiguos¹⁹.

Herodes apoyó al sumo sacerdocio y al aparato del templo como parte de su régimen. Tras eliminar a los últimos miembros de la familia asmonea, instaló a las familias de la aristocracia sacerdotal a su entero y real gusto, incluidas familias de la diáspora en Egipto y Babilonia. Más ominosa todavía fue su reconstrucción del templo, enteramente al estilo helenístico. El templo “de Herodes” quedó convertido en una de las “maravillas del mundo” y fue famoso como

¹⁹ Información más amplia sobre Herodes en Peter Richardson, *Herod: King of the Jews and Friend of the Romans*, SPNT (Minneapolis: Fortress Press, 1999); para lo político-económico y la estructura social, K. C. Hanson y Douglas Oakman, *Palestine in the Time of Jesus: Social Structures and Social Conflicts* (Minneapolis: Fortress Press, 1998). Un buen análisis del insalvable abismo entre la aristocracia sacerdotal y el pueblo judío en Martin Goodman, *The Ruling Class of Judea: The Origins of the Jewish Revolt against Rome, A.D. 66-70* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987) —salvo que si la hostilidad hubiera sido tan fuerte y su dependencia respecto a los romanos tan clara no habrían podido conducir la revuelta del 66-70—. Mi propio y más amplio estudio de los reyes clientelares romanos en Palestina está esbozado en *Galilee*, caps. 1-7, y en *Archeology, History and Society in Galilee* (Valley Forge: Trinity Press International, 1996), caps. 1-2.

lugar turístico para los romanos opulentos y como punto de peregrinación para los judíos ricos de las comunidades de las ciudades helenísticas del occidente del Imperio. Esto significó, sin embargo, que los campesinos judíos, samaritanos y galileos que habían vivido bajo un solo nivel de gobernantes, la aristocracia sacerdotal asmonea, se vieran de pronto sujetos a tres niveles de gobernantes, con sus respectivas exigencias económicas: tributo para los romanos, impuestos para Herodes y diezmos y ofrendas para el templo-estado. Herodes y sus sucesores dieron pasos para integrar a Palestina en una economía imperial mayor.

Herodes patrocinó varios monumentales proyectos arquitectónicos por todo su reino. Reconstruyó varias fortalezas militares en puntos estratégicos de su territorio, levantó varios anfiteatros de estilo romano y templos al emperador, e, igualmente, erigió ciudades enteras para honrar a Augusto, como Cesarea, el nuevo puerto en la costa, y Sebaste (nombre griego de “Augusto”), colonia militar que fue antes la ciudad santa de Samaría. Hacía regularmente exquisitos presentes al emperador y a otros miembros de la familia imperial y generosas donaciones a algunas ciudades griegas (para proyectos públicos o edificaciones en su nombre). También organizó una fastuosa corte, muy al estilo helenístico-romano²⁰.

Sin embargo, como enfatiza Josefo, los cuantiosos derroches en sus proyectos arquitectónicos, en su fastuosa corte y en su generosa munificencia con la familia imperial y con las ciudades helenísticas dejaron a su pueblo económicamente exhausto durante el largo reinado. Sus súbditos, por lo demás, debían de estar extrañados tanto por el nuevo estilo helenístico-romano del templo de Herodes como por las instituciones romanas que instaló en diversos lugares de Palestina, especialmente los templos y las ciudades dedicadas al divino Augusto. Hacia el final de su reinado, Herodes se volvió más paranoico e impío de lo que ya era, llegando a ejecutar a sus hijos mayores, sus supuestos sucesores, de quienes había llegado a sospechar. En una ocasión, Augusto bromeó con agudeza sobre su rey-zuelo clientelar favorito diciendo (en griego) que prefería ser puerco (*hus*) de Herodes antes que su hijo (*huios*).

²⁰ Las facetas del imperialismo romano en Judea y Galilea están catalogadas en Warren Carter, *Matthew and Empire: Initial Explorations* (Harrisburg: Trinity Press International, 2001), 43-45.

Tras la muerte de Herodes, los romanos conservaron a la aristocracia sacerdotal regente bajo la vigilante mirada y el respaldo político-militar de los gobernadores romanos de Judea (y Samaría). Los gobernadores se reservaron la facultad de colocar a su propio candidato incluso en el cargo de sumo sacerdote; por eso quienes detentaban el sumo sacerdocio estaban directamente sujetos a los gobernadores. La larga duración del cargo tanto de Caifás, sumo sacerdote, como de Pilato, gobernador, sugiere que habían desarrollado una estrecha relación operativa. Las excavaciones arqueológicas indican que, en los tiempos de Herodes, las ricas familias sacerdotales (probablemente también las familias herodianas) construyeron mansiones más suntuosas en la colina que mira al templo desde el oeste. Esto sugiere que se estuvieron enriqueciendo durante las décadas de la estrecha colaboración con los gobernadores romanos en funciones en Judea, Idumea y Samaría.

Los romanos instalaron en Galilea al hijo de Herodes, Antipas. Por primera vez en la historia, los galileos tuvieron, de pronto, un gobernante con administración en la propia Galilea. De hecho, en el lapso de sólo 20 años, casi contemporáneo a la vida de Jesús de Nazaret, Antipas construyó dos nuevas ciudades. Crecido y educado en la corte imperial de Roma, Antipas se hizo una corte al estilo romano y capitales en la Galilea rural, que no tenía ninguna ciudad antes. Desde una u otra de las capitales, los administradores de Antipas estaban demasiado próximos a cada pueblo galileo. Esta cercanía con los productores agrícolas le permitió a Antipas incrementar los recursos para sus proyectos arquitectónicos, pero debió de empobrecer hasta el extremo a los galileos, como se puede intuir por las múltiples referencias en la tradición sinóptica al endeudamiento y al hambre. También es concebible que los sumos sacerdotes y sus partidarios escribas en Jerusalén intentaran conservar todavía un flujo de diezmos y ofrendas galileos hacia el templo y su sacerdocio, aun cuando no tenían ya jurisdicción sobre el área desde la muerte de Herodes y durante la vida de Jesús.

Los reyes clientelares y los sumos sacerdotes que regían Judea y Galilea en tiempos de Jesús fueron parte integral del nuevo orden imperial romano establecido en Oriente Medio. Además de sus masacres periódicas, del esclavismo y la crucifixión en represalia por las rebeliones, y de las tropas del gobernador romano apostadas en los pórticos del templo para la fiesta de pascua, el rostro que Roma pre-

sentaba a las gentes de Judea y Galilea era el de los reyes herodianos y el de los sumos sacerdotes de Jerusalén.

En resumen, el nuevo orden mundial restablecido primero por la victoria de Pompeyo en Oriente y luego consolidado por Augusto trajo un prolongado período de paz y prosperidad a las áreas romanas y griegas ya “civilizadas” del Imperio. La *pax romana* permitía a los romanos extraer los bienes de las gentes sometidas en forma de tributos, para mantener el aparato militar y pacificar a las masas romanas con “pan y circo”.

Este nuevo orden mundial establecido por Roma como la única superpotencia superviviente, sin embargo, significó la disolución y el desorden para las gentes subyugadas de Oriente Medio, como judíos y galileos. Las fuerzas romanas, al conquistar y reconquistar, volvían a masacrar y esclavizar a los habitantes y a destruir casas y poblados, particularmente en las áreas de la actividad de Jesús, en torno a Nazaret y Cafarnaún. Los romanos instalaron sus propios gobernadores clientelares, los reyes herodianos y los sumos sacerdotes jerosolimitanos, que controlaban el área e imponían un cada vez más fastuoso estilo de vida al reconstruir o fundar ciudades como Jerusalén, Séforis y Tiberias. Además del trauma del terrorismo militar, el orden imperial impuesto en Judea y Galilea por los romanos significó múltiples niveles gobernantes y sus correspondientes exigencias en tributos e impuestos, amén de la tradicional carga de diezmos y ofrendas para los sacerdotes y el templo. El impacto del control imperial occidental y los intentos de los regímenes clientelares para integrar a Palestina en la amplia economía imperial romana amenazaron seriamente la viabilidad y continuación del estilo de vida tradicional en Galilea y Judea.